

Que los cumplas feliz

TEÓFILO HUERTA

Sobre aquella larga mesa de madera posaba el enorme pastel circular que Carmelita había preparado afanosamente. Sus manos le habían transfundido sangre de su corazón eternamente ligado a su bisabuelo. Sobre el pastel tumultuosamente agolpadas las 115 velitas pacientemente colocadas por los tataranietos.

Fermín estupefacto contempló la escena, mas su rostro no expresaba ni un dejo de felicidad, ésta ya se le había agotado años atrás. Sus ojos cataratosos aún divisaban, mecánicamente, sin la avidez con que en la infancia descubría su entorno: rostros, figuras, paisajes, sin la curiosidad con que armaba rompecabezas, escudriñaba canicas, delineaba contornos en una hoja de papel, carente de la sorpresa de reflejarse en otros ojos; tampoco con el morbo aprendido para deleitarse con unos labios femeninos, unos senos o unas caderas; menos con la pasión juvenil de capturar paseos, jardines, playas, fiestas, amores y de hacer registros nemotécnicos y fotográficos; ya no con la emoción para atestiguar el nacimiento de sus hijos y los juegos de sus descendientes, menos con la templanza adulta para observar el entorno y valorar la importancia de la vista, ni siquiera con la nostalgia de repasar viejas fotografías y examinar los rostros de sus descendientes. No, ya no, sus ojos opacos, casi estáticos, eran meras cámaras para enfocar el momento y punto y aparte.

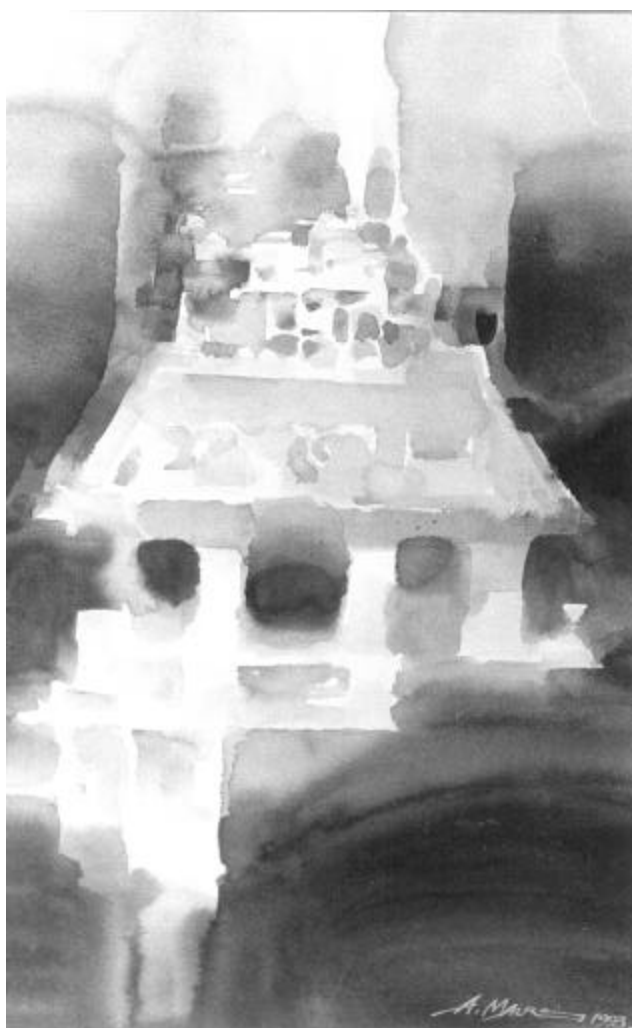
El entusiasmo de toda la parentela era patente, la atmósfera se llenaba de la gritería de los niños, la plática y risas de los demás, los aplausos, los gritos y por supuesto las desentonadas *Mañanitas* cantadas por todos. Y Fermín escuchó, sin la nitidez de antaño, sin separar los sonidos, como un escándalo de bulto; escuchó sin perturbarse, sin emocionarse, ni si-

quiera fastidiarse. No escuchó con la sorpresa que le causó el movimiento digestivo y los retumbantes latidos de su madre, ni con el susto de su propio llanto, las primeras voces ininteligibles; tampoco con la paz que le provocaban los arrullos, menos con el interés por captar los delectos y las agradables diferencias entre vocales y consonantes; tampoco con el interés que le producía escuchar su nombre que le daba identidad; menos aún con la desenfadada pasión por un disco a alto volumen, ni con la conmovedora y tersa disposición para captar muy cerquita del oído un “te amo”, lejos también del interés por el romper de una ola, el silbido de un pájaro, el quiriquí madrugador de un gallo, el mugido de una vaca, el tañido de una campana en un apacible poblado; ni siquiera con la excitación que le provocaba un jadeo, ni la ternura que le despertaba un incipiente llanto de bebé; tristemente tampoco por la paz que le inspiraba la recitación de un poema. No, ya no, sus oídos ubicados en sus cada vez más grandes orejas, casi sordos, eran meros radares para apenas distinguir y punto y aparte.

Un aroma de antojitos y buena comida, de aire fresco y cordial privaba el ambiente. Y Fermín olió, sin la claridad de antes, dejando solamente penetrar por sus fosas nasales los olores que le rodeaban; olió sin inmutarse, sin despertarse el apetito. No olió con la avidez con que lo hizo para localizar la leche materna, ni con la curiosidad para descubrir el olor de un líquido, del corcho de una tapa, de su propia piel, tampoco con la agradable sensación producida por el aroma de una flor, una fruta, el ladrillo mojado, el pasto, la brisa del mar; menos por el apetito que le despertaba el vapor de una sopa o un guisado; no con la agradable sensación de oler el aroma de una mujer recién bañada o el artificial perfume, ni con el natural deseo de percibir otra piel y su sudor natural; menos con la perturbadora sensación de aspirar el íntimo humor de

su amada; ya ni con la mera necesidad de aspirar para oxigenarse. No, ya no, su nariz le estorbaba y simplemente era un artefacto para respirar y punto y aparte.

La fiesta era alegre, los niños jugaban con la tierra y con globos, las manos de los adultos movían platos y cubiertos de aquí para allá. Y Fermín recibió besos y abrazos al por mayor, sin la disposición de cumpleaños pasados, dejándose nada más querer; él tocó pieles y vestidos, platos y cubiertos, pero de manera automática. No tocó como se aferró al seno de su madre, como le recorrió con las yemas de sus dedos el rostro, como aprisionó la nariz de su padre, como descubrió las texturas de sonajas y cobijas, tampoco como descubrió la redondez de las canicas y la finura de la tierra; menos con el jugueteo de su pene y la habilidad de lanzar un balón; ni siquiera con la atracción de sujetar un manubrio o volante; tampoco con el confort producido por la arena seca y mojada de la arena, o la



Ángel Mauro

belleza de rasgar la cuerda de una guitarra, ni con la timidez de un roce de labios; menos con la seguridad al manejar una pluma o teclear; tampoco con la ternura de una caricia o el apretón de un cuerpo desnudo y su acompasamiento; ni acaso con la firmeza de estrechar una mano. No, ya no, sus manos arrugadas y deformes ya no tocaban igual, eran meras pinzas para sujetar lo inmediato y punto y aparte.

Los comensales degustaron cada platillo hasta saciarse, saborearon el pastel de Carmelita detenidamente y le ayudaron a Fermín a comer un trozo. Y Fermín recibió los bocados, sin el antojo de los ayeres, solamente deglutiendo. No degustó como saboreó su primera leche materna, su dedo, su chupón o su primer biberón, tampoco como paladeó sus papillas, un dulce, el agua de horchata, la carne molida, el pollo, las habas y verdolagas; ni siquiera como sintió el sabor de una cerveza o un licor; menos como inflamó su corazón con la lengua y la saliva de una mujer; ya ni siquiera con el remanso de pasar agua. No, ya no, su boca frágil y reseca albergaba una tosca y raspada lengua y muchos dientes postizos nulamente sensibles; era un mero recipiente para introducir el subsistente alimento y punto y aparte.

En el convivio se formaron grupos donde la palabra igual servía para jugar o burlarse, que para discurrir sobre cuanto tema viniese a la cabeza. Y Fermín recibía las palabras, pero a lo mucho asentía con la cabeza sin involucrarse en un diálogo. No habló como emitió un agudo llanto al llegar al mundo, tampoco como sonidos guturales inundaron de felicidad a sus padres y hermanas; menos aún como copió sus primeras palabras e inventó las propias, ni siquiera como cuando orgulloso deletreó o cuando recitó en la ceremonia escolar; tampoco como cuando se hizo presente en las charlas informales de amigos y familiares; menos cuando nerviosamente se declaró por primera vez o cuando formalmente hizo patente su amor por la mujer de su vida; para nada como cuando contó un chiste, una anécdota o eruditamente dio una clase o un discurso, al menos una opinión; en lo absoluto como cuando entusiasta lanzaba piropos o desafinado cantaba; no habló como cuando se enojaba, entristecía, o apasionaba. No, ya no, la palabra ya no se le daba, sus pensamientos se aglutinaban y ya no afloraban; sus pocas palabras eran meros recursos para expresar necesidades inmediatas y punto y final. ❏

La promesa

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

Hada desnuda, hada del mar, hechicera nacida del esperma y de la sangre, mujer de grandes ojos dorados, y negra cabellera, dama del agua. Era tanto su anhelo por volver a tener a esa mujer que se convirtió en una obsesión. El deseo de poseerla una vez más, besar sus pechos, su estrecha cadera, su perfecta figura; de hurgar entre sus muslos, que le prometió le traería una perla negra montada sobre una cruz de coral negro; ¡que ésa!, ¡ésa, era suya! ¡Que no se lo podía regalar! ¡Que era supersticioso! ¡Que era su protección! ¡Que el mar se la había dado, y sólo el mar se la podía reclamar! ¡Que hay un dicho entre los buzos: “en el mar lo del mar, en la tierra lo de la tierra”. Que el mar le daría otra para regalársela, para montarla sobre un bellissimo coral negro, y en él grabar su nombre: Beatriz

Desde la torre sobrepasando las olas, la marea, las aguas en movimiento, vio despuntar la isla Ítaca, bañada por las azules aguas del mar Jónico. Había sido una isla muy apreciada por los buzos y pescadores. Pero, se cuenta que fue encantada por Circe, que sólo se ve cuando suben a la superficie conchas, corales, caracolas y erizos del mar. Que hay que bucear muy profundo en las aguas turbias e inciertas. Que él irá a buscarla, en el escollo, en el montículo difícil y quebradizo de corales rojos como el amanecer, donde encontró años atrás esa hermosa perla negra, de oriente plateado como las olas del mar.

Se dirigió al puerto. En la lejanía, ya con el sol en el horizonte, bajo un fuerte temporal, abordó su barcaza; era inevitable, era una promesa, un juramento. Y entre las olas y los arrecifes sorteó el paso. Soltó el ancla en la parte más segura de la isla. Se calzó las aletas, mojó el visor y el snorkel. Se los

acomodó. Se precipitó en el mar sumido en sus pensamientos, –“Una perla negra. Un talismán colgado de ese amado cuello, un emblema de amor; lo más valioso de todos los tesoros del mar, y él se lo dará”-, en lo que significaba el regalo, ese regalo Y, en el silencio de las profundidades, Ulises Bonnetti se metió a bucear.

Nadie conocía, además de él, que, en ese lugar estaban las perlas negras más bellas y luminosas entre las florestas sumergidas de hermosos colores; entre los bosques de los Océanos. ¡Se tocó el cuello! ¡Su cruz, su amuleto se había atorado! “Al mar lo del mar, a la tierra lo de la tierra”. Se desataron las Furias, las aguas se abrieron, Circe lo tomó de la mano, lo atrajo hacia sí, Ulises se reflejó en sus ojos dorados, y al penetrar en las profundas aguas del mar se perdió en ellas desapareciendo con la isla bajo el implacable torbellino.

Se cuenta que cuando surge el islote, en el risco se ve parado un halcón. ▣



El último canto del cisne

DIONICIO MORALES

*La muerte se ha detenido
en el cuello de un cisne.*
VICENTE HUIDOBRO

1

Ya se acercan las sombras preñadas con alucinaciones amarecentes en el desencanto solar al encender, intermitencias pertinentes, sus luces amarillas, rojas, verdes. Estranguladas en el calor aéreo, sofocante, solapan la vida no vivida del todo, engolfada en el hastío carnal donde sucumben los sentidos torvos, las pasiones huecas. Gastados en la diaria cercanía de la asfixia, no se vislumbran otros rescoldos amorosos en el tiempo sellado después de posesionarse, guerrero victorioso, de los restos de la pareja idos a pique.

2

La luz lunar agrisa las constelaciones. Sus refulgencias sonoras se agrietan en el *líquido metal de la experiencia* después de sucumbir, poco a poco, ante la gran verdad negra del todo. El universo de su piel se contrae en sí mismo, edifica las avideces de la prosaica soledad en compañía bañando con borbotones fuertes, acelerados, el seco jadeo del corazón abierto en canal. La sangre pierde altura, cambia de color, se putrefacta en la hendidura más fuerte: se paraliza: muere.

3

La tierra enmudece sus ronquidos con los aleteos últimos del esplendor en ruinas incapaz de sobreponerse al dolor. Pierde su origen ante la evidencia de recibir en sus entrañas un cuerpo deshecho por los estragos del alma tutelar al no permitir

sepultarlo como ordenan los cánones por ser un fruto ya podrido, bastardo, nacido de su vientre envejecido, oscuro, maldito en la avidez suprema de perpetuar su nombre a través de la dilatada muerte diaria. Mientras el espíritu triza su perturbada resonancia metafísica, desaparece silenciosa la preñada sabiduría de la carne.

4

En lo profundo del aire se pudren los sueños entre una soledad vieja, apergaminada, dolorosa, y otra maligna, táctil, joven, cuya resonancia entremezcla lo blanco con lo negro, los gemidos calientes surgidos de la noche humedecida de lágrimas rotas.

Se alertan los sentidos a la busca de la orfandad oculta entre las sombras. Cicatrizan las imágenes ciegas al rondar su enjambre en el instante preciso de las formas deshechas. Un silencio estremecedor se posesiona del vacío al abrirse los cuerpos, uno viejo, otro joven, a la insensata cochina realidad virtual.

5

La nada es ahora la línea divisoria entre los dos alientos vencidos. En el espacio airea el abandonado bamboleo frío de los cuerpos deshabitados, inmersos en la opacidad de la noche eterna soterrada por la carnalidad del amanecer detenido en la marea negra del quebranto. Se ramifican sus desnudeces por sobre los entresijos del velado aroma rancio de la sensualidad, prostituida en el manoseo ciego de los fantasmas descalabrados con la turbia alegoría de los últimos pedazos de vida.

6

A la rugosidad de los años carcomidos en la secreta imagen de la dicha celebrada con la desesperación de quien apuesta su vida a una sola carta, en la espera del artificio de una entreabierta luz negra, despejada la incógnita del amor vivo entre los reflectores opacos de la atrabiliaria negación del mundo por ayuntar el sentido, la sangre de una sola carne, de un solo espíritu, se apagan los brillos firmes para abrir brecha en la ribera verde del camino al pozo sin brocal donde aguarda la morada perpetua.

7

Desaparecen los deseos labrados en la desnudez total del cuerpo antaño joven, maduro, duro, restallante, entregado a

las caricias sabias, milagrosas, del otro. Se penetran con silenciosa ferocidad en la carne para guardar en su interior los aromas del amaranto, el grito del placer interminable, cuando la posesión, perversa, murmura entre quejidos la súbita anuencia del cielo convertido en cascajosa lentitud de inaudibles tropes, por entre la rugosidad de la piel sumida en interminables dolorosos ayer perpetuos.

8

Merodea la vista cansada sobre el cuerpo tierno, inerte, tendido a su costado, maldiciendo en el idioma primitivo del deseo la oscura placidez dilapidada en el soliviantado exceso del amor. Las luces apenas alcanzan a descifrar su antigua alfarería sensual cuyos ecos libidinosos perdieron el poderío de su voz en el encuentro inesperado con la otra realidad al purgar su condena perpetua en el maniatado ostracismo del placer. Los ojos mutilados rompen a través de la lluvia no oída la profunda aparente hechizada serenidad tatuada con los años.

9

El cansancio aparece en el mapa sereno de la vida de un otoño menguante o de un joven invierno crecido a la manera antigua al desacralizar los espasmos feroces de ayuntamientos procaces, vivos en dos cuerpos diluidos en la inconsciencia amorosa. Uno arrastra la experiencia tenaz de las grietas placenteras dibujadas en la carne, otro airea su sofocante primavera cuya ebullición nace de los jadeos naturales de sobradas succulencias. Pero los dos amacizan el resplandor del día al convertirse en uno solo.

10

El tiempo ha detenido los *veloces venenos* del hartazgo en el recipiente casi vacío de la soledad, sellado por la confrontación amorosa convertida en naufragios carnales, cuando la razón impone su vieja aérea aristocracia pasional a la cúspide diamantina del alma revelada en la azarosa espera del silencio. No hay jadeo preciso, acompasado, sabio. La lúcida cerrazón de los sentidos caracolea los lejanos, frágiles, deseados estertores últimos, en el desequilibrado proceso de un derrumbe final mientras el tiempo, el olvido, eterniza su impudicia.

11

Las luces somborean el dilatado espeso sedimento derramado en el aire. Los olores trastocan las sensualidades en el espacio

libertario de los cuerpos entrelazados en la espesura de la vida ahíta ya de tempestades. No existe vuelta de hoja en la apesadumbrada seducción terrenal propensa a la elevación divina. En el amanecer sinuoso de otro día otro día otro día el enjambre de azucenas complacidas aísla su soledad para burilar en el viejo calendario del invierno el desprendimiento total del alma náufraga en el fulgor ciego del espanto.

12

En el espejo carcomido por los años pasan revista, como en un cinematógrafo, las imágenes reales de tiempos idos, vividos, dilapidados en la remota memoria del hartazgo, en el cuerpo, en el alma, fundidos con el furor de las caricias sordomudas cuando las manos, los ojos, el corazón, la piel, escudriñan los secretos recintos por donde el amor fundaba sus anárquicas residencias. Hoy las visiones empañadas por el sudor de gotas manchadas con el viejo vaho de soles apagados, convierten en remedo amoroso el sacrosanto placer de los sentidos.

13

La contemplación misteriosa sustituye a las miradas torvas, aprehensivas, necias, de cuando la avidéz rasgaba a la menor provocación los velos entreabiertos, precoces, de dos figuras entregadas al naufragio sin puerto a la vista, fundidas en el anonimato existencial del holocausto juvenil encendido por el propio sometimiento carnal. Esa mirada ha empequeñecido su visión reduciendo el maridaje del instinto a las pequeñas cosas, a su mínima expresión con la que el otro cuerpo alimenta los animales carnívoros todavía vivos.

14

Las manos roídas, desquebrajadas por el placer descarnado de esculpir cuerpos a la perversa imagen del amante sediento, presuroso por reflejarse, encontrarse, nacerse en el otro cuerpo, en la otra alma, desdibujan el alarido estéril de tallar con deseos desgastados la piel amada en cuya placidez cerrera, desbocada, se silencia poco a poco la sangre de la muerte. El viento petrifica su antigua imagen vegetal carnal lustral convertido en velamen misterioso al arropar, con su sabia transparencia sensual, el cuerpo del otro maltrecho pero vivo.

15

La voz se ha enronquecido, apagado, por los viajeros raídos relampagueos del instinto a punto de morir en la garganta, mientras de las profundidades del enigma fatal nacen los

últimos alientos cuyos murmullos sin resonancias agitan las aguas bautismales al dirigir sus pasos con lentitud hacia el mausoleico silencio. Antes del final, los ruidos de la muerte musicalizarán los compases furtivos en la sonoridad de los resuellos compartidos por donde todavía se adivina, con entorpecidas visiones, el prodigioso saqueo del amor.

16

Fosforecen los entintados asombros de la noche regocijada en su sapiente oscuridad. Los amantes detienen su partida hacia el inviolable espacio del día por nacer. Sumergidos en el manto negro del deslumbramiento erótico se desenraizan del mundo. Marginados, apelan a la misericordia para liberar los males propios o ajenos. Después de purgar condenas dilatorias acaecidas en cada uno de sus cuerpos, las almas vuelan hacia el otro territorio a donde se asoma Dios a comprobar la aplicación de su último mandamiento: la muerte diaria.

17

El desprendimiento amoroso obligado por los años marchitos, nace en la desdichada costumbre de vivir el incierto desfile de las horas apegado a la persona amada para beber del cuenco de sus manos las migajas esparcidas a la pasión senil con la falsa promesa de lo eterno. La sabiduría corporal de entonces convertida en desgaire, ennegrece al fruto podrido de la luz revelando el verdadero contraste de los cuerpos atenazados en el espasmo final, con el conteo a la inversa, para sellar franciscanamente el territorio oscuro de la vida.

18

Las luces de las calles en la ciudad habitada por los amantes, gozan a todas horas el silencioso fulgor de la noche plateada con el trajín secreto de los cuerpos tendidos al lado o prendidos uno sobre otro para renacer los salmos del amor como si fuera el último día de vida. Después, solos los dos, sin tocarse, repasan la memoria de los días antiguos por donde amanecía la carnalidad de la dicha convertida en desvelo. Se miran a la cara sin pronunciar palabras con un estremecimiento pertinaz desdibujando su historia.

19

Alucinados los recuerdos ocupan ahora los espacios vacíos. Sus tentáculos aracnidean la dicha de los tiempos carcomidos en los recintos abiertos cuando los elementos de la naturaleza

se abrían con emancipación hacia el punto cardinal inventado por Dios. Se aproxima la hora del estruendo escrita en el libro sin nombre del ocaso. El agotado aliento amoroso selló sus puertas porque el mundo de los vivos no alumbrará ya más el recinto sagrado de la dicha lejana muerta en el entorno natural de esta encabronada vida.

20

Se cierra el ciclo. En el cuello del cisne la muerte entierra su gadaña. El postrer aleteo se escucha más allá de la casa. Los murmullos encienden las fogatas aéreas apagadas por un agua-cero nocturno. Los cuerpos se alivianan. Se arruga la sensual frazada de la carne. El pensamiento desnuda las tuercas. Los rostros se contemplan ante las livideces del quebranto. No volverán a tocar el cielo con las manos. La piel de los amantes apaga su fulgor. Las miradas razonan. El sexo se sublima en la abstracción. El cisne muere silencioso en el último intento de vida. ■



Gustavo Buendía

Celia

MARCELA DEL RÍO

Sentada en la loza de la tumba vecina, la mujer llora sin lágrimas, como se llora cuando la pena sobrepasa el dolor del cuerpo y el suplicio del alma. Las palabras son tan distintas a las que pronunciara casi diecinueve años antes, cuando murió su padre, que no parecen venir de la misma persona. Aquella vez todo era recriminación, rabia, furia. ¿Por qué se emborrachaba? ¿Por qué nunca pensó en que el mal que se hacía a sí mismo, se lo hacía a ella, su hija, como se lo había hecho a su madre, que por eso los abandonó? ¿Por qué? La voz se estrangulaba y se disolvía en un gemido a veces inaudible, otras sonoro como el de una carcajada grotesca. Los recuerdos de los diecinueve años pasados se revolvían en su mente, sin poder discernir los porqués del destino. El hombre que la llevó a los Estados Unidos prometiéndole estrellas, sólo le había dado lodo y vergüenza. Desfilaron por su mente, como dicen que desfilan los recuerdos antes de morir, cada una de las atrocidades por las que pasó en ese malhadado viaje: el pollero que los metió en el trailer, la falta de aire, el sudor, los abusos de los hombres que aprovechaban el hacinamiento para sobarla, meter la mano entre sus piernas y embarrarla de sus miserias. Y luego, el confinamiento en aquel lupanar que las tenía presas, con ropas prestadas, bebidas y drogas en manantial para intoxicarlas, y mantenerlas sujetas.

–El panteón cierra a las seis.

–Sí, ya lo sé.

–No se le olvide.

–No, no me olvidaré.

No, no te olvidarás de nada, de nada de lo ocurrido en esos diecinueve años de tortura. Cuando al fin, un día escape de la prisión, buscaste a quien venderle un reloj que había olvidado uno de los clientes del lupanar, que nunca lo

reclamó y que tú guardaste como oro en polvo. Sabías que ese reloj podría ser un pasaporte para tu libertad. Pero el destino es traidor, como los hombres que te engañaron, parapetados tras su mejor sonrisa. Tú no hablabas inglés, así que buscaste en la calle alguien que pareciera latino y lo encontraste, amable, sonriente, dispuesto a ayudarte. Después de comprarte el reloj también te ofreció estrellas, y volviste a caer en la trampa como ratón sin memoria. El hombre no era polle-ro, sino lo que en su jerga sajona llaman “pimp” y además de quitarte el dinero que te pagaban tus clientes, te exigía que les robaras una credencial con su domicilio, y la llave de su casa.

–No me gustaría que se quede encerrada aquí toda la noche con los muertitos. Así que no se olvide, cerramos a las seis.

–Sí, sí, no me olvidaré.

¿Cómo ibas a olvidar a ese hombre, si pasabas tanto miedo cada vez que tenías que esperar a que el cliente se durmiera para hurgar en los bolsillos de su ropa, siempre con el temor de que se despertara y te sorprendiera robándole. Pero la última noche, fue la peor, tu pimp te injurió, te golpeó, por más que le explicabas que aquella vez te fue imposible robar al cliente. Era un muchacho joven, de buen físico, güero, de ojos azules, cuando te le acercaste para ofrecerle tus servicios, él respondió en una lengua que no conocías, no era inglés, ése más o menos ya lo champurreabas, no, era una lengua rara que no se parecía a nada, sin embargo, a señas, llegaron a un acuerdo, él empezó a manosearte desde la calle.

Como era de noche, y casi no había nadie, él se aprovechaba y me metía la mano por todas partes, al fin llegamos al zaguán de una casa vieja, no sacó llave, tocó como si fuera en clave, se me figuraba un espía ruso de esos que aparecen en las películas.

No lo has de creer papá, pero al cruzar la puerta no pude ver nada, nada, como si fuera ciega, sin embargo oía y sentía que había gente acostada en el suelo, mucha gente, y el güero me llevaba de la mano como abriéndome paso entre los cuerpos, para que no pisara sus manos o sus piernas, y sentía yo en mis pies los bultos de los cuerpos, sobre los que iba yo caminando. Era una pesadilla, la oscuridad total y un extraño silencio que disfranzaba esos murmullos humanos, fantasmales más bien, que parecían ronroneos de gatos y yo caminaba sobre las olas de los cuerpos, tratando de no lastimarlos, como si no tocándo-

los evitara también que me hirieran a mí. Trataba de no descubrirlos para que no me descubrieran. Al fin entré a otra habitación, en la que había un hombre acostado en la cama, bebiendo cerveza. El güero le dijo algo en su lengua, y el hombre respondió como asintiendo. Yo no sabía qué hacer, papá, de veras, ¿cómo desnudarme ante ese otro hombre? No sé por qué sentí vergüenza. Lo había hecho frente a muchos, pero cada quien a su turno, no así, como si él fuera invisible, o como si yo no contara en este mundo, como si fuera una cosa que no valía nada y por eso no importaba que me desnudara delante de él, de ese otro con el que no había hecho trato ninguno. Al mismo tiempo ¿cómo huir de ahí? ¿Cómo volver de regreso al oleaje humano que rodeaba la habitación como un gigantesco pulpo de mil brazos?

Cuantas veces el pimp escuchó su relato sin que la furia se le borrara del rostro. Y ella explica y vuelve a explicar una y otra vez, disco que se reinicia automáticamente, que mientras el güero fornicaba con ella, el otro convertido en buitres los observa como si hubiera estado esperando el momento de atacar. ¿Cómo robar la credencial si estaba siendo vigilado cada uno de mis movimientos? y ¿qué llave iba a robar, si no había llave? Y repite que el güero había tocado la puerta, no había abierto con llave.

Sentías los ojos del otro hombre como agujas en la piel. Cada vez que cruzaban palabras, tratabas de comprender si estaban planeando matarte.

Soy yo el que te va a matar si no me dices la verdad. ¿Que historia es ésa? ¿Un oleaje humano? ¿De dónde sacaste ese lenguaje florido? ¡Qué oleaje ni qué tu puto padre! Dame el dinero, la llave y la credencial.

Le entregaste el dinero y recibiste una bofetada que te lanzó contra el armario.

–Sí, ya sé, cierran a las seis, no se me olvida.

Por fortuna, al escándalo del hombre, apareció la policía, de allí a la Migra, que me deportó. Ahora, papá, al fin encuentro la paz y la tranquilidad. Sí, ellos me volvieron puta y ahora no puedo ser otra cosa, pero me siento libre, y veo el futuro como algo que aún puedo disfrutar. Por eso no vine a verte en diecinueve años, porque no estaba aquí, perdóname todo lo que dije entonces, ahora entiendo por qué te emborrachabas... yo a veces lo hago, pero tu recuerdo me ayuda a no seguir tu

ejemplo, y me detengo... quizá un día, hasta pueda dejar de ser... puta.

–Ya vamos a cerrar...

–Sí, sí, ya me voy...

–¿Era su papá...?

–Sí, y lo quería mucho...

–Yo también al mío, y a mi esposo, están más allá, dos filas arriba.

–La acompaño en su sentimiento...

–Gracias. Yo también.

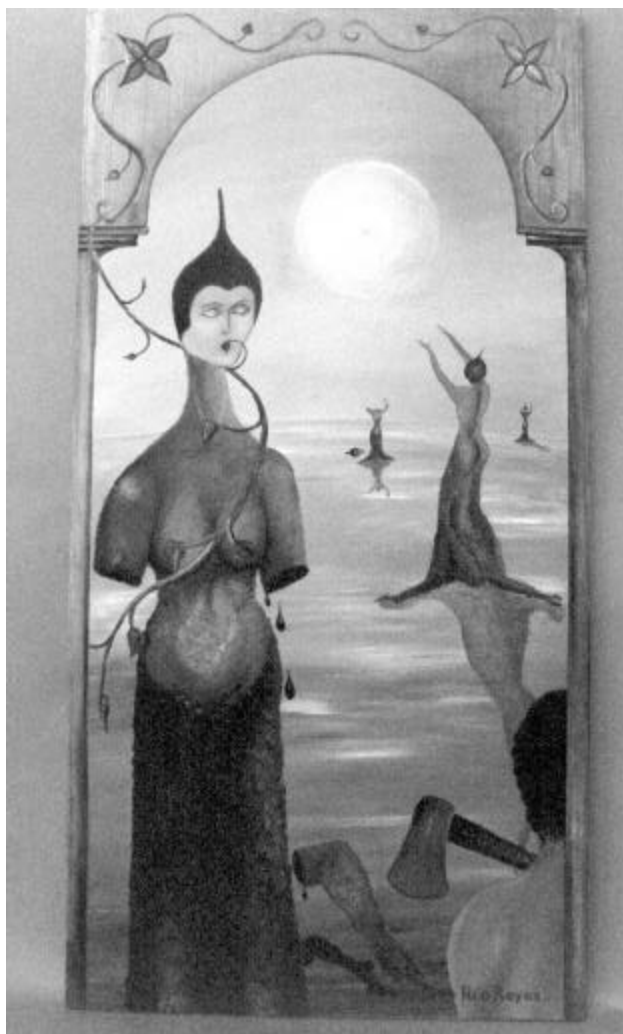
–¿Cómo se llama su merced?

–Celia, ¿y usted?

–Dominga, para servirla.

–Mucho gusto. Nos vemos el domingo...

–Si Dios quiere... 🍀



Poemas

EDWIN LUGO

Tiempos

-1-

Tú llegaste a mi vida
como llegan las cosas
que parecen tan simples
¡Y que son tan hermosas!

Con tu suave sonrisa,
como tierno capullo,
tu blancura de virgen
tu altivez sin orgullo.

-2-

Te quedaste en mi vida
cual un halo distante,
fabulosa y divina,
intocada y albeante

Cual furtiva visita,
que se marcha al instante,
y a adorarla me invita
con ternura constante..

-3-

Tú te irás de mi vida,
mas dejando una huella
¡Soy ya el pobre cegado
Del fulgor de una estrella!

Como un hada luciente
que clavó misteriosa,

una espina en mi frente
¡Y el dulzor de una rosa!

En el jardín
El otro día en mi jardín,
se proclamaba una rosa,
¡Soy reina de este confin
y no hay otra más hermosa
que se me parezca a mí!

Las demás flores vencidas,
sin discutir asintieron
y en torno a la rosa reunidas
en elogios compitieron.

Pero llegaste tú al fin,
y al ver tu rostro radiante,
se quedó mudo el jardín
y le dio por suspirarte
¡La rosa reinó hasta allí
y empezó a marchitarse!

El anhelo

Yo quería de tu vida las triste horas,
las tardes de penumbra sin esperanza,
cuando no seas la reina que el mundo adora
ni se postren cumplidos ni alabanzas.

Yo quería de tu huerto las hierbas toscas,
los tronchados anhelos y las quimeras,
y tus ojos divinos de luz bañados,
con las lágrimas tibias en las ojeras.

Yo quería de tu vida ser el pañuelo,
que te diera mi brazo siempre consuelo,
y en los años tranquilos de dulce ocaso
de este amigo que te ama te acuerdes luego. 🐾

Los excéntricos

LEONARDO SEVILLA

Son su propio eje
en la periferia, crean
con el silencio sonoro
y con la imaginaria emoción
cruzan puentes: engendran
y dan a luz nuevos mundos.

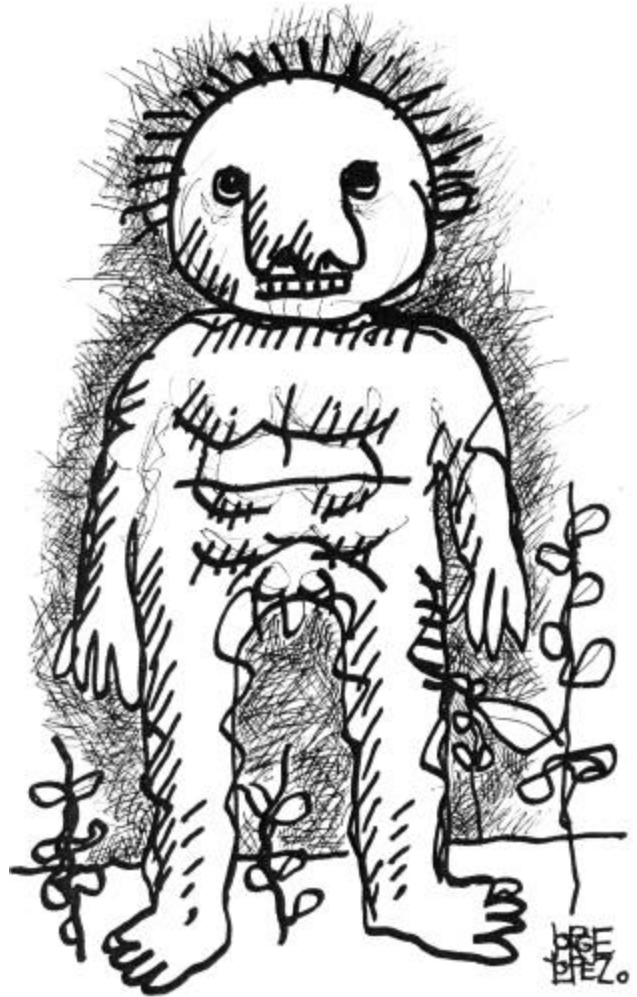
Tienen miedo, sí
pero se atreven
a decir, y niegan
cuando es preciso
y así se afirman
en la rebeldía
de su singularidad.

No son ni quieren ser
como los demás
aunque se parezcan a muchos
que buscan escapar
de la espantosa rutina
y las convenciones castrantes.

Entonces se van
solos o acompañados
y en ocasiones vuelven
a su terruño o al ayer
a desentrañar las raíces
y a recorrer las huellas

aunque ellos construyen
con su entrega amorosa
su propio origen a diario.

Pero a veces se quedan
en otra tierra, transplantados
en un país y cultura distintos
y no regresan ya más
a vivir a su terruño
y en apariencia se pierden
en la búsqueda continua:
y a pesar del olvido
los más vitales
se encuentran consigo mismos.



Jorge López

No entienden
del todo qué pasa
pero comprenden
con las entrañas
y sufren y suspiran
y lloran también
como niños o mujeres
se animan de nuevo
y sonríen y gritan
sus alegrías, furias
y deseos al universo entero:
escriben poemas
cuando aman y crean
cuando juegan y sueñan.

No tienen ninguna prisa
ni les interesa llegar
a la punta de la cúspide
del corrompedor poder
y tampoco al centro
-metáforas del desasosiego
sólo se dejan ser
sin fustigarse
para convertirse en ídolos
cánones o etiquetas:
son y están
de pies a cabeza
donde laten sus corazones:
los sostienen de pie
o en vilo sus huesos
y sus ideas efervescentes
se vuelven canciones.

Al caminar solitarios
por bosques y calles
recuerdan con cariño
a sus amores o amigos:

palabras y tragos compartidos
y días y noches desperdigados
en esta fugacidad inolvidable
que el tiempo encarna
experiencias que se van
y la vez nos mantienen
y sirven de estímulo
para descifrar la realidad
con sus verdades cuestionables
y sus atávicas mascaradas.

Por lo demás, el centro es
un punto entre otros puntos:
una fruta con raíz, cáscara
y jugo que probamos
con la mordida sensual
de la vida, entre sustantivos
y verbos la imaginación forja
con el temple de la pasión
cuando la lengua o la tinta
se expresan sin censuras
desechando toda la basura.

El poeta se crea
a través de la voz
y la escritura silenciosa
del lenguaje: ingenio
flexible como un arco
en tensión todavía
después de lanzar una flecha
que emocional e imaginaria
vuela libre al misterio
sin intentar clavarse
en ninguna diana
ni alcanzar un fin absoluto:
como el ancla y las velas
levadas, levantadas y abiertas

de par en par las alas
sobre el mar y la tierra
pasan felices sus estrofas
surcando y sembrando campos:
navegando sobre el aire
y las olas, las odas
y las hondas fraguan formas
con las hermosas letras:
con la mirada interna
iluminan ocultos panoramas.

Date cuenta y distráete
tú, que compones artificios
apalabrados de la vida
leyéndola cada día
con los cinco sentidos alertas:
la poesía te inventa e invita
a que te vayas con ella
y escuches con deleite
el canto de las sirenas
para no volver al infierno
-y sí a tu Ítaca más cara-
para seguir tu camino
-y no a ir por el trillado-
y reconocer la presencia
del universo y el detalle
en el tono peculiar que vibra
en los manantiales de tu alma
y se identifica con claridad
entre las diversas cuerdas del coro.

La tragedia es imitar
a ciegas -mimetismo epigonal-
o ser una casa de citas
-sin horas ni frases-
sin anfitriones ni huéspedes
repetiendo renombres o eslóganes:
clichés de las metrópolis

sin nativos ni mezclas:
anacrónicas purezas de sangre
como caballos de carreras
desbocados en el hipódromo
de la moda y el racismo:
ventas al mejor postor
en los burdeles sin hembras:
los seres impersonales
son títeres en la farándula
de la impotencia, impostores
representando pueriles comedias
que se vuelven tragedias de sopetón.

Los excéntricos no dicen su nombre
sino lo crean, como personajes
de sus obras o de sí mismos
con máscaras o sin ellas actúan
pero a la vez piensan y sienten
igual a los lectores de las estrellas:
jeroglíficos o líneas de la mano
acamaleonándose en su prestidigitación
cotidiana, la mente disfruta a fondo
con cada pincelada, nota, insinuación.

Ellos sólo tocan con la intuición
las cuerdas de su lira
y esbozan la siguiente línea
pero se sorprenden cuando aparece
un círculo o una imagen distinta
que los conduce a otra
casi sin querer, por pura alegría
o sólo por equivocación u ocurrencia
se suben a un tren, entran en un bar
o de repente le hablan de tú al azar
en un hermoso idioma diferente
haciendo pantomima, con la boca
y el cuerpo danzando abrazados
a los labios y latidos del misterio. 🐞